

ESCENA VI.

WALLENSTEIN, TERZKY e ILLO, que vuelven.

ILLO.—¿Se acabó?

TERZKY.—¿Os habéis convenido?

ILLO.—Este sueco ha salido muy satisfecho. Sí, ya os habéis puesto de acuerdo.

WALLENSTEIN.—¡Oídme! Nada hay resuelto, y... bien considerado, será preferible no hacer nada.

TERZKY.—¿Cómo? ¿Qué dices?

WALLENSTEIN.—¿Vivir por gracia de estos suecos, de estos suecos tan fatuos? No puedo sufrirlo.

ILLO.—¿Eres algun fugitivo para ellos, que mendiga su protección? Les das más de lo que recibes.

WALLENSTEIN.—¿Qué sucedió á aquel gran condestable de Borbón, que fué traidor á su patria, y enemigo de ella, y la hirió como un parricida? La deshonra fué su recompensa, y su acción desnaturalizada y criminal sólo excitó en todos horror.

ILLO.—¿Te encuentras tú en su caso?

WALLENSTEIN.—La lealtad, os digo, es para todo hombre como su más próximo pariente, y todos se creen nacidos para vengarla. La enemistad de las sectas, el odio de los partidos, la envidia inveterada, la rivalidad pueden reconciliarse algún día; cuanto rabia en el mundo por destruirse, se apacigua, se concierta en hacer la guerra al enemigo común de la humanidad, á perseguirlo como á una bestia feroz, que fuerza el recinto seguro, en donde el hombre se mantiene oculto... puesto que la prudencia individual no basta por sí sola á protegerlo. Sólo en la

frente ha dado la naturaleza luz á los ojos, y la lealtad y la confianza son las únicas égidas que lo amparan por la espalda.

TERZKY.—No pienses de tí mismo peor que piensan tus enemigos, que te alargan la mano con alegría. No opinaba tan rigidamente aquel Carlos, tío y abuelo de esta casa imperial, que recibió al condestable de Borbón con los brazos abiertos, porque la propia conveniencia es soberana del mundo.

ESCENA VII.

LOS MISMOS y la condesa TERZKY.

WALLENSTEIN.—¿Quién os llama? Las señoras nada tienen que hacer aquí.

LA CONDESA.—Vengo á ofrecer mi felicitación. ¿Me he adelantado acaso? No lo espero.

WALLENSTEIN.—Influye tú, Terzky. Mándale que se vaya.

LA CONDESA.—Ya he dado un rey á Bohemia.

WALLENSTEIN.—Más tarde.

LA CONDESA. (A los demás.)—Pero ¿qué hay? Hablad.

TERZKY.—El Duque no quiere.

LA CONDESA.—¿No quiere lo que debe querer?

ILLO.—Probad, intentadlo; en cuanto á mí, terminé mi misión, porque ahora se me habla de lealtad y de conciencia.

LA CONDESA.—¿Cómo? Cuando todo estaba lejos, y se presentaba á tu vista una senda infinita, tentas resolución y valor... y ahora, cuando el sueño se trueca en realidad, cuando tan próximo está su cumplimiento, y el éxito es seguro, ¿comienzas á vacilar? ¿Sólo eres audaz para trazar

planes, y cobarde para ejecutarlos? ¡Bien! Da la razón á tus enemigos. Aquí es justamente en donde te esperan. Darán crédito de buen grado á tu proyecto, y puedes estar seguro de que te acusarán tus cartas y tu sello. Sin embargo, ninguno cree en la posibilidad del hecho, puesto que entonces te temerían y te atenderían. ¿Es esto posible? Cuando tanto has andado, cuando se sabe lo peor, ya te imputan el hecho como si lo hubieras consumado, ¿quieres retroceder y perder su fruto? Proyectarlo es una acción vulgar, aunque punible; realizarlo, inmortal empresa. Y si el éxito lo corona, todo se perdonará, porque juicio de Dios es la buena fortuna.

UN AYUDA DE CÁMARA. (Que entra.)—El coronel Piccolomini.

LA CONDESA. (Con viveza.)—Que espere.

WALLENSTEIN.—Ahora no puedo recibirlo. Otra vez será.

EL AYUDA DE CÁMARA.—Sólo pretende hablaros un instante. Dice que un asunto urgente...

WALLENSTEIN.—¿Quién sabe lo que nos dirá? Quiero oírlo.

LA CONDESA. (Sonriendo.)—Bien urgente puede ser para él. Tú puedes esperar.

WALLENSTEIN.—¿Qué es?

LA CONDESA.—Después lo sabrás. Ocupate ahora en despachar á Wrangel. (Vase el ayuda de Cámara.)

WALLENSTEIN.—Si hubiéese todavía algún medio... la más estrecha salida... la acogeria de buen grado, y evitaría apelar al último extremo.

LA CONDESA.—No lo desees, porque existe. Desahucia á ese Wrangel. Renuncia á tus antiguas esperanzas; no te acuerdes más de tu vida anterior, y decidete á comenzar otra nueva. También la virtud tiene sus héroes, como la fama y la fortuna. Vé á Viena á arrojarte á los pies del Emperador; lleva contigo dinero en abundancia, y declara

que sólo has intentado poner á prueba la fidelidad de sus servidores, y burlarte de los suecos.

ILLO.—Tarde es ya también para esto. Se sabe demasiado. Equivaldría á poner su cabeza bajo el hacha del verdugo.

LA CONDESA.—No lo creo. Faltan pruebas para condenarlo legalmente, y no apelarán á lo arbitrario. Se dejará que el Duque se retire tranquilo. Veo bien todo lo que sucederá. Se presentará el rey de Hungría, y se irá el Duque sin más explicaciones. El Rey tomará el juramento á las tropas, y todo entrará en orden. El Duque desaparece una mañana. Después pasará la vida en sus castillos, que se animarán con su presencia. Se cazarán, se edificarán, habrá en ellos yeguas, se formará una corte; repartirá llaves de gentil-hombre, dará grandes y suntuosos banquetes; en una palabra, será un gran rey... en pequeño. Y por su conducta prudente, reducido ya á no valer nada, ni significar nada, se le dejará brillar cuanto quiera, y será un gran príncipe hasta su muerte. De todas maneras, la verdad es que el Duque es un advenedizo, elevado hasta las nubes por la guerra, un favorito improvisado por la corte, que así hace barones como príncipes.

WALLENSTEIN. (Levantándose muy conmovido.)—¡Muéstrame, oh Dios misericordioso, un camino salvador en este trance! ¡Muéstrame una senda, que yo pueda seguir!... No me es dado, como á héroe fanfarrón, ó virtuoso charlatán, cobrar bríos en mi voluntad y en mis pensamientos... No puedo decir á la Fortuna, que me vuelve las espaldas, fingiendo magnanimidad: «¡Véte! ¡No te necesito!» Si no me pongo en movimiento, estoy perdido. No temo los sacrificios ni los peligros, que me impidan dar el último, el más decisivo paso. ¡Caiga yo antes en la nada; hágame tan pequeño, habiendo sido tan grande; confúndame el mundo con esos miserables, que nacen y mueren en un día, y que

los presentes y la posteridad pronuncien mi nombre con horror, y que mi título de duque de Friedlandia sea la personificación de todo hecho punible!

LA CONDESA.—¿Qué hay, pues, en esto de contrario á la naturaleza? Yo no lo encuentro; dímelo... ¡Oh! ¡que el espectro sombrío de la superstición no asuste tu clara inteligencia! Te han acusado del crimen de alta traición, sea ó no con justicia, porque no se trata ahora de discutirlo. Tú eres hombre perdido, si no usas sin tardanza del poder que ahora ejerces... Y, siendo así, ¿cuál es el sér más pacífico del mundo, que no defiende su vida con todas sus fuerzas? ¿La necesidad no justifica, pues, la audacia, por grande que ésta sea?

WALLENSTEIN.—Hubo un tiempo, en que Fernando fué conmigo muy obsequioso, en que me amaba, me estimaba y me ponía lo más cerca posible de su corazón. ¿A qué príncipe ha honrado como á mí?... ¡Y acabar de este modo!

LA CONDESA.—¿Tan fielmente recuerdas hasta los más pequeños favores, y hasta tal punto olvidas las ofensas? ¿He de refrescar tu memoria, contándote cómo pagaron tus buenos servicios en Ratisbona? Te enajenaste las simpatías de todas las clases del Imperio, y, por engrandecerlo, cargaste con el odio y la maldición de todos. No tenías un solo amigo en toda Alemania por servir con fidelidad al Emperador. En la tempestad, que se suscitó entonces en Ratisbona, tú solo no le desamparaste... ¡y te dejó él sucumbir! ¡Te ofreció en sacrificio al orgulloso Bávares! No digas que, al devolvarte tu dignidad, borró su primera y grave injusticia. No fué esto obra de su benevolencia, que la implacable necesidad te colocó en el puesto que de buen grado se rehusaran.

WALLENSTEIN.—Verdad es que no debo mi mando ni á su benevolencia, ni á su afecto. Si abuso, mi abuso no es de confianza.

LA CONDESA.—¿Afecto, confianza? ¿Tenían necesidad de tí! La necesidad, ese tirano exigente, que no se contenta con palabras huecas, ni con farsantes, que quiere obras, no apariencias, busca siempre el más grande y el mejor para confiarle el timón de la nave, aunque haya de elegirlo del populacho... Esa te confió este cargo, y extendió por escrito tu nombramiento, puesto que largo tiempo, tan largo tiempo como le fué posible, se sirvió esa raza de almas de esclavos venales y de máquinas llenas de artificios... Pero cuando las cosas llegan al extremo, y es inútil la farsa, todo cae en las robustas manos de la naturaleza y de estos gigantes de la inteligencia, que sólo á sí mismos obedecen, que con nada transigen, y no admiten más imposiciones que las suyas, jamás las ajenas.

WALLENSTEIN.—¡Verdad es! Siempre me han visto como soy realmente; nunca los he engañado en mi trato con ellos, y nunca estimé como meritorio ocultarles la audacia sin límites de mi carácter.

LA CONDESA.—Al contrario... siempre te has mostrado temible. Así, tú no, que has sido consecuente, ellos han sido los injustos, porque temiéndote, te confiaban el poder. Razón tiene todo carácter, igual siempre á sí mismo, y nada hay más insensato que la contradicción. ¿Fuiste otro ocho años hace, cuando recorriste la Alemania llevándolo todo á sangre y fuego, cuando eras el azote de todas sus provincias, burlándote de todas las leyes del Imperio, sin ejercer otro derecho que el formidable de la fuerza, y derribando cuanto se elevaba en el país para extender el dominio de tu sultán? Ocasión fué aquella de contrarrestar tu orgullosa voluntad y llamarte al orden. No obstante, agradábale al Emperador tu conducta porque le convenía, y autorizaba callado, con su sello imperial, estas violencias. Lo que entonces era justo, porque tú lo hacías en su ventaja, ¿hoy no lo es porque le perjudica?

WALLENSTEIN. (Levantándose.)—Jamás miré yo la cuestión bajo este punto de vista... ¡Sí, verdad es lo que dices! El Emperador, siendo yo el instrumento, hizo cosas en el Imperio contrarias al orden. Y hasta el manto de príncipe que llevo, es debido á mis servicios, que son crímenes.

LA CONDESA.—Confiesa, pues, que entre vosotros no hay que hablar de derecho y de deber, sólo de fuerza y de ocasión. Ha llegado el instante, en que has de hacer la suma total de tu vida; los signos están á tu favor; los planetas te miran benévolos, y te dicen: ¡ya llegó el tiempo de hacerlo! ¡Has medido, pues, vanamente toda tu vida el curso de los astros, manejado cuadrantes y círculos, trazado en estas paredes el zodiaco y la bóveda celeste, y colocado á tu rededor los siete árbitros de la suerte en muda, pero misteriosa posición, sólo por vano juego? ¡Y son ociosos estos preparativos, y ocioso este arte aparente, puesto que no te sirve para nada, y no influye en tí lo más mínimo en los más críticos momentos?

WALLENSTEIN. (Que, mientras tanto, profundamente excitado, se pasea inquieto, y se detiene de improviso, interrumpiendo á la Condesa.)—¡Que venga Wrangel, y que estén tres correos con los caballos ensillados.

ILLO.—¡Al fin! ¡Alabado sea Dios! (Vase precipitadamente.)

WALLENSTEIN.—Es su ángel malo y el mío. Castígalo por mi mano, instrumento de su ambición; y yo presiento que el puñal de la venganza, que se apresta para mi pecho, está aullado ya. Que no aguarde alegre cosecha el que siembre dientes de dragón. Toda acción punible trae consigo su demonio vengador, la mala esperanza que se abriga en su corazón.

Ya no puede fiarse de mí... y yo no puedo retroceder. Suceda, pues, lo que quiera. La suerte manda, y el corazón es en nosotros el imperioso ejecutor de sus órdenes. (A Terzky.) Que Wrangel éntre en mi gabinete; yo mismo

veré á los correos. Que venga Octavio. (A la Condesa, triunfante.) ¡No te regocijes! porque son envidiosas las deidades, que presiden al destino. Vitores prematuros las ofenden. En sus manos ponemos la semilla, y el éxito sólo decide de nuestra dicha ó de nuestra desventura. (Al salir cae el telón.)